

sitio de Magdeburgo. Era esta una ciudad protestante, y como ciudad protestante, se resistía con todas sus fuerzas á la invasora y tenaz autoridad imperial, en la que no querían reconocer jurisdicción de ningún género ni sobre la conciencia ni sobre la fe. Vencedor Carlos V en Mulberg; carcelero de Federico y de Felipe, los soberanos de Sajonia y de Hesse; con Mauricio y Brandeburgo entre sus cortesanos; con la Dieta germánica y el concilio ecuménico por cómplices; con nuevos mundos por tributarios, no podía, no, comprender la inverosímil rebelión de una sola ciudad á tal omnipotencia. Conminóla, pues, primero con arrogancia, y despues la condenó sin piedad. En virtud de semejante sentencia debía Magdeburgo admitir guarnición imperial y pagar crecidísimo tributo. La ciudad protestante no cede al rescripto imperial. Carlos pide, pues, subsidios á la Dieta para meter en razón al pueblo rebelde; y la Dieta, que considera las demandas de Carlos como si fueran órdenes, vota los subsidios. La caja de guerra pende por virtud de aquel voto, ¡ah! de las rapaces uñas del águila de las dos cabezas. El ejército está pronto contra los luteranos de Magdeburgo y César ofrece su mando en jefe al luterano Mauricio de Sajonia.

Un hombre, menos precavido y astuto que el nuevo soberano sajón, rechazara, siendo protestante, el mandar y dirigir aquel golpe de soldados expedido contra la fortaleza mayor del Protestantismo. Pero Mauricio de Sajonia, cuyo ánimo acariciaba ya vastos planes políticos y religiosos, asunto de todos sus ensueños, en servicio de Alemania y en deservicio de Carlos, aceptó aquel puesto como pudiera un conjurado aceptar el sitio y el cargo mas favorable al logro de su conjuración. La ciudad revolucionaria se resistió con ardimiento revolucionario. La idea que brillaba en los cielos de su mente, ¡ah! enardecía la sangre de sus venas. Mandábala el conde de Mansfeld, nunca sometido al Catolicismo; henchíala una población de creyentes: los sacerdotes perseguidos, á sus recintos se acogieron, y sobre sus piedras levantaron las cátedras y púlpitos de la nueva idea; los mártires de todas las regiones germánicas hallaron en sus hogares asilo y seguro; todas las ideas que flotaban como chispas eléctricas en los aires y todos los sentimientos que impulsaban los latidos heroicos de aquellos briosos corazones, conjurábanse á una para sostener un sitio formidable; y así, á virtud de esta conjunción de circunstancias, improvisáronse legiones decididas al combate, fundiéronse las campanas convertidas en de-

vastadores proyectiles, consumáronse con heroísmo y fortuna envidiables, arriesgadas y felices salidas, en las cuales caían rotos los tercios sitiadores y presos algunos de sus mas insignes jefes, despertando un sentimiento de regocijo universal en Alemania, regocijo de los luteranos por la esperanza de recabar y sostener el derecho de sus conciencias, regocijo en los católicos por la seguridad de sostener las viejas libertades del Imperio.

Solo el Emperador estaba sombrío. Pocas veces la fortuna sonriera á un mortal como le sonreía continuamente á él á la hora solemne del levantamiento de Magdeburgo. Sometida España donde las libertades castellanas acababan de morir y las libertades aragonesas comenzaban con lentitud, pero sin esperanza y sin remedio, su terrible agonía; muda é inerte Francia, que no era osada ya en los últimos días de Francisco I á sus antiguas rivalidades y contiendas; aliada Inglaterra por mas que la triste abjuración del Rey, así como la horrible suerte de Catalina de Aragon, la separaban por completo de la política imperial; quietados y sumisos los Países Bajos, no obstante su amor á las libertades municipales y sus inclinaciones á la revolución religiosa; Génova la republicana bajo el protectorado español y el mayor de sus héroes, Andrea Doria, en la capitania de nuestras escuadras; Barbaroja vencido; Soliman contrastado; Venecia forzada contra su voluntad á no suscitar dificultades en el Mediterráneo, hecho un lago nuestro; Nápoles y Sicilia seguras, Milan sumisa, Florencia silenciosa y esclava, el Pontífice á nuestro servicio; la Bohemia, la Hungría, la Carintia, el Austria, cedidas y arrojadas á los hermanos y sobrinos de Carlos V como se arroja á los perros los restos de un festín; vencida y humillada Germania; dilatada cada dia mas la conquista de América; circunvalado el orbe por nuestros buques, los cuales habian puesto como un ecuador de glorias nacionales al planeta, parecia que ninguna fuerza en la humanidad y en el Universo era bastante á vencer al universal monarca que soñaba con la unidad del mundo bajo su mano y con la unidad del espíritu bajo su alma: y sin embargo, ¡oh, Dios! le venció y le derribó una idea.

Tres cosas pedían los insurrectos de Magdeburgo: primera, la libertad del cautivo Landgrave de Hesse; segunda, el respeto á la conciencia individual; tercera, el restablecimiento de los antiguos fueros y derechos de las ciudades germánicas. A medida que mas se demandaba por los suyos la libertad del

Landgrave y mas se plañía y desesperaba este; Cárlos, con su habitual perseverancia, empeoraba y agravaba su cautividad. Trasladado de Alemania á Bélgica, metido en duro calabozo, puesto en la necesidad de comer segun la liturgia católica, celado por legionarios que dormían en su mismo encierro y al pié de su cama, sin libros en cuyas páginas esparcir el alma, sin confidentes en cuyo seno depositar sus dolores, sin papel siquiera donde alguna vez trazar cuatro consoladoras letras; aquel caballero, aquel jinete, aquel cazador, aquel militar, tan dado á los ejercicios del cuerpo como al trato y conversacion en el mundo, se desesperaba, y en su desesperacion henchía de lamentos y de quejas á los corazones alemanes, doloridos á una por su penosa cautividad y resueltos á concluiría, siquier fuese por los medios de la violencia y de la guerra. Aun habia esperanza, porque á pesar de las victorias del Emperador, á pesar del éxito de sus gestiones para el concilio, á pesar de la red que su diplomacia tendiera sobre toda Europa, quedaba todavía de pié una resistencia salvadora, quedaba el sitio de Magdeburgo.

En efecto, peleaba la ciudad; y su pelea tenia un año de duracion. Los sitiados acometían como fieras; y los sitiadores se preservaban de sus acometidas como palomas. Mal vestidos y mal sustentados estos; atrasados en sus pagas de continuo, mas de una vez remitieran á la insubordinacion el remedio de sus males y agravaran con la debilidad del sitio, el valor de la defensa. En el colmo de su felicidad, allá por 1551, apenas si Cárlos pensaba, de antiguo acostumbrado á que todos sus reinos le ofrecieran dificultades, en la suprema dificultad de Magdeburgo. Mauricio le respondía de ella, Mauricio, ligado con lazos indisolubles al Emperador por las traiciones al Protestantismo, á Sajonia, y á su gran patria Germania. Para completar la sumision del mundo, necesitaba la sumision del espíritu; para obtener la sumision del espíritu, necesitaba la sumision del concilio. Impuesta su convocatoria en el conclave mismo á la codicia de Julio III; congregado nuevamente en las montañas del Tirol, Cárlos V, á quien los años y los achaques inclinaban con fuerza invencible hácia las cuestiones religiosas, queria por todos los medios imaginables la unidad católica en el mundo de las almas como base y cúspide perdurable de la unidad imperial y cesárea en el mundo de la política. Piadoso por temperamento, dado por su educacion á devociones conti-

nuas, hijo de la España creyente, sucesor de aquellos Emperadores los cuales compartieran con los pontífices la dominacion espiritual del mundo en toda la Edad media, nieto de los Reyes Católicos que ganaran á Granada y establecieran la Inquisicion en Castilla, fiador del pacto de Cárlo-Magno con la Sede apostólica y decidido á mantenerlo, necesitado de la religion para esclarecer y educar al Nuevo Mundo, dueño casi absoluto del Papa en la persona de Julio III, tras la resistencia que los Médicis y los Farnesios le opusieran, creia llegado el momento de terminar su obra teológica y se daba en alma y cuerpo al concilio.

Y mientras él se da en alma y cuerpo al concilio, su protegido, el general que manda los ejércitos sitiadores de Magdeburgo, se da en alma y cuerpo á la conjuracion y anuda todas las voluntades inquietas, todos los pensamientos rebeldes, todos los intereses heridos, que pueden por alguna manera coligarse contra el Emperador y el Imperio. Protestante, á pesar de su aparente indiferencia sirve al Protestantismo; príncipe de la sangre, acaricia y quiere, á pesar de su frialdad, la libertad del Landgrave; alemán, vuelve, á pesar de sus traiciones, los ojos constantemente á los antiguos privilegios y fueros de su patria. Una liga secreta se anuda con facilidad á la luz de estas ideas y al calor de estos sentimientos. El embargo de todas las facultades extraordinarias de Cárlos por la idea del concilio, su ausencia de Alemania, su estancia en Inspruck, nido del cual puede salir difícilmente, excitan al conspirador á la consumacion de sus conspiraciones. El primero á quien comunica su idea es el Margrave Juan, veterano general de la Reforma. Este le lleva consigo al audaz aventurero Alberto de Brandeburgo y al hijo mayor del Landgrave de Hesse. Estos á su vez y por su parte, se dirigen á todos los príncipes luteranos de Alemania, los alistan en la conjuracion, los adiestran para la liga y les piden todos los sacrificios en hombres y en dinero que pueda permitirles á cada uno su respectiva posicion y fortuna. Veinte mil hombres armados contarán bien pronto la conjuracion. Estos veinte mil hombres armados servirán de base á una empresa titánica y de núcleo á extraordinarias negociaciones diplomáticas. La nueva liga está necesitada, pero con necesidad urgentísima, de recursos y de alianzas. Uno y otro elemento se hallarán con seguridad en la corte de Francia. Misterioso enviado sale del sitio de Magdeburgo para el

palacio de Paris. Jamás se llevó negociacion tan alta y trascendental con tanto sigilo y reserva. El enviado presenta de una manera bien hábil á los ojos del Rey, aun dolorido y asombrado y triste de su larga cautividad en España, la tentacion del desquite, del triunfo, del engrandecimiento. Enrique II siente aglomerarse á una en el corazon todas las cóleras y en la memoria todos los agravios de su dinastía. Por consiguiente promete con formal promesa un pacto, por cuyos artículos se obliga á dar fuerzas y dinero con tal que le den á él en Alemania las ciudades imperiales que hablan francés y el protectorado sobre los príncipes eclesiásticos. La vasta mente de Mauricio no se satisface con la saludable amistad de Francia, procura tambien la no menos importante de Inglaterra. Pero un Rey de catorce años y una regencia compuesta de personas, que no tienen ni unidad de miras ni unidad de ideas, rechazan el proyecto por el propósito firme de no perder la voluntad de Carlos V. El Rey de Dinamarca entra en la liga; y las negociaciones continúan con tal recato, que nadie las alcanza en Europa y las conoce, mas que aquellos primeramente iniciados en sus secretos. Cuando los que han traslucido algo, se lo cuentan al Landgrave cautivo, échase á reir este y exclama: «No irá, no, el gorrion á sitiar al águila.»

Caso raro. Conspiracion tan trascendental, empresa tan alta, urdimbre diplomática de tantos hilos, obra política de tantos factores, no llega, no, á conocimiento de aquel Carlos, cuyos enviados y ministros en otro tiempo espíaran con tanto disimulo y competencia los menores gestos y recogieran las menores palabras de los potentados y magnates á quienes interesaba conocer y celar. Se mueve y remueve Alemania, se anudan ligas militares y políticas, se mandan ministros y embajadores á todas partes, se reúnen ejércitos, se levantan cargas, se firman amistades con Francia y con Dinamarca, se organiza un poder formidable dentro del Imperio próximo á subvertirse, merced al estallido de tan cargada mina, y el dueño de la tierra nada sabe. Los espías suyos, diseminados por la corte de Mauricio, nada le dicen, nada, en la seducción y encanto en que los tienen las continuas distinciones del taimadísimo espiado.

Mauricio pertenece á la estirpe de aquellos hombres del siglo décimoquinto, cuyo torvo ideal se reconcentró y se dibujó en las páginas nefastas

del príncipe de Maquiavelo. Reserva hasta consigo mismo, no atreviéndose á decir á su conciencia lo que maquinaba su razon; como resultado de tal reserva, disimulo profundísimo en sus acciones y en sus palabras de tal tortuosidad que la envidiarían las serpientes; intenciones constantes y resueltas, las cuales jamás se abrían paso fuera del corazon, hasta el momento de antemano previsto para lograrlas; apariencias de vividor frívolo, amigo del placer y del estruendo, dado á la caza y al amor y al vino, y realidades insondables de general, de estadista y político; mirada profundísima que observa con profundo escudriñamiento á los demás y se niega y se esquivo de continuo á toda observacion ajena; perfidia púnica hasta en sus mas sencillos y mas nobles afectos; constancia de un temple que no le importa ninguno de los medios con tal que vayan mas ó menos derechamente al resultado; poca religion, menos amor, ninguna palabra, ninguna fe, recelo de los demás por la seguridad que tiene de engañar, y el miedo á ser engañado; gran prevision así en el conjunto como en los detalles de la política; vasta inteligencia para las conspiraciones; desprecio al escrúpulo de las cosas pequeñas y al juicio de cada día, si al fin lograba dejar algo grande en la historia y merecer á la posteridad un glorioso renombre.

En el instante de arrojar la flecha traidora sobre la descuidada majestad de Carlos V, hace que le pidan la libertad del Landgrave por el placer de rehusarla y promete á la corte de Inspruck una visita que cumplirá con soldados en armas dirigidos por su audacia. Y en efecto, por febrero de 1552, los Estados de Sajonia y de Hesse, movidos por sus príncipes, se levantan á una reclamando del Emperador con el reclamo de la guerra sus antiguos y olvidados privilegios. Coinciden con estos sucesos las noticias llegadas á la corte imperial de que Mauricio sale hácia ella con ánimo de ver á su monarca y prestarle de nuevo su personal homenaje. Dos días lleva ya en su ruta, cuando expide á los mas devotos del Emperador con cartas mensajeras de su arribo, y vuelve grupas y corre desalado en busca de su ejército, que le aguarda impacientísimo en las campiñas de Turingia. El conspirador arroja la máscara y despliega la bandera. El grito de reforma religiosa y de libertad alemana corre por todas las filas de aquellas legiones entusiastas. El hijo mayor del Landgrave y el aventurero Alberto de Brandeburgo y el consumado